

SANCHO PANZA Y SU ÍNSULA

Para Pablo. Su lucha diaria es una lección para todos. Animo.

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor..."

Con estas palabras, y como año tras año, comenzó Miguel Albar su clase de literatura española en la universidad alemana de Colonia, a la que llegó a través de una beca y ya iba para siete años.

-¡El Quijote, caballeros! La obra cumbre de la literatura española y quizá de la literatura mundial. La obra más traducida, más que la propia Biblia. Y sin embargo son pocas las personas que pueden presumir de haberlo leído; la mayoría lo único que conocen son estas palabras con las que yo he comenzado la clase, que son con las que comienza El Quijote. Algunos no llegan ni siquiera a tanto.

Ustedes tienen todo un cuatrimestre para leerlo entero, en el siguiente lo comentaremos. Entre tanto abriremos el curso con otra obra: *"El Lazarillo de Tormes"*, de autor desconocido.

Al salir de la Facultad se abrochó el último botón del abrigo y se levantó las solapas de su viejo chaquetón. Hacía viento y nevaba, una combinación terrible pero bastante común en Colonia. Cruzó todo el campus con la cabeza baja tratando de imponer resistencia al viento y las manos metidas en el bolsillo. No hacía día para esperar el autobús y decidió coger un taxi. Ni siquiera en estos días echaba de menos no haberse sacado el carnet de conducir.

-Al hospital infantil-le dijo al taxista.

Cruzaron el centro de Colonia y se quedó absorto mirando la catedral. Era uno de los monumentos más fascinantes que había visto jamás. Por más veces que pasaba por delante suyo no podía evitar posar sus ojos en él hasta que lo perdía de vista. Algunas veces en sus ratos libres iba por enésima vez a visitarlo y se quedaba sentado en uno de sus bancos, observando sus cúpulas, sus vidrieras...

De camino al hospital no intercambió ni una sola palabra con el taxista. El carácter alemán era así: nadie habla si no se conoce y menos aún para entablar una conversación intrascendental acerca de fútbol o del tiempo. Todo era muy distinto a España. Pero no lo echaba de menos. Realmente le costó bastante poco adaptarse a Alemania; era un hombre solitario, casero y de pocas palabras. Le gustaba la nieve, el frío y los

días grises y pensar, pensar en soledad como a la mayoría de los alemanes.

Los primeros días de estancia en el país, nada más posar los pies en el aeropuerto ya sabía que algo era distinto a España, aunque no sabía exactamente el qué. Estuvo unos días, quizá semanas, con una sensación rara, con una sensación de extrañeza, no a disgusto, pero sí extrañado. Hasta que por fin, un buen día, la primera vez que cogió un taxi (al igual que ahora) cayó en la cuenta: ¡El ruido! En Alemania había mucho menos ruido, nadie gritaba, nadie pitaba en los coches, nadie sacaba la cabeza por la ventanilla para acordarse de la madre de otro conductor que no había respetado un ceda el paso o que se había cruzado a destiempo... ¡El ruido! Eso era.

Miguel Albar tenía cuarenta y cinco años de edad y nueve de melancolía infinita. Nueve largos años en los que una mujer, Rosa, a la que querría infinitamente le abandonó desangrada en el frío y blanco quirófono de un hospital junto a un hijo al que nunca llegó a conocer: Damián, como el abuelo de Rosa. Era un nombre a su juicio muy feo, pero a ella le encantaba.

Después de dos años de noches negras mirando un cielo que casi nunca da respuestas, vasos de whisky, platos acumulados en el fregadero, ropa sucia, barba de dos semanas y desidia laboral, decidí pedir una beca para dar clases en Alemania aprovechando sus conocimientos del idioma a causa de varios viajes en su juventud y su título de la escuela oficial de idiomas.

En Alemania seguía ese mismo cielo sin respuestas, claro. Pero poco a poco fueron desapareciendo los vasos de whisky, los platos del fregadero, la ropa sucia, la desidia laboral... y la barba se había convertido en una cuestión estética.

-El hospital infantil caballero.-le recordó el taxista a un Miguel distraído mientras estacionaba el coche-Son dieciocho euros con noventa y cinco, si es tan amable.

-Tome quédese con el cambio.-Mientras le posaba un billete de veinte en la mano agarró su maletín y descendió del vehículo.

-Muchas gracias, señor.-Respondió el taxista a un Miguel ya ensimismado en sus pensamientos como para poder escucharle.

-Buenos días Miguel...-Saludaban cada una de las enfermeras con las que se iba encontrando en cada uno de los pasillos que dejaba atrás. El contestaba con una sonrisa y una mano alzada y proseguía sin

detenerse. Eran las seis menos cinco de la tarde y llegaba bastante tarde. Con las prisas se había dejado el móvil en el despacho; seguro que Ramón estaría impaciente y le habría llamado unas cuantas veces.

Ramón era profesor de arte dramático también en la universidad de Colonia, lo conoció al segundo año de estar allí. Al principio no le unió a él más que el origen español, pero poco a poco se había convertido en su mejor amigo, aunque probablemente el término amigo dejaba en mal lugar a Ramón. Era su única familia. Bueno también Inés, la mujer de Ramón. Con él o gracias a él fue cuando desaparecieron todos esos whiskys y ese fumar de modo compulsivo.

Al principio cuando le propuso hacer teatro junto a él pensó que estaba loco:

-¿Pero tú me has visto? Soy la persona más introvertida de este mundo, me da vergüenza pedir una cerveza en un bar, un billete para el autobús, subo las escaleras para no encontrarme con alguien en el ascensor... ¡Tú estás loco! ¡Y encima delante de niños! Se reirán de mí.

-De eso se trata Miguel, de que se rían de nosotros. Ese es el objetivo que se rían. Ellos están enfermos y esa risa... Tenías que verlos les hace casi más bien que todos los tratamientos farmacológicos de este mundo. Mira, el tipo con el que lo hacía lo ha tenido que dejar porque le ha salido un trabajo, no me puedes dejar solo. Además estoy preparando una versión del Quijote para niños graciosísima. Tú eres profesor de literatura, yo de arte dramático, seguro que entre los dos lo bordamos... Dime que sí. Una vez y si no te gusta no vuelves más. Además, por la timidez no te preocupes, todos los grandes actores han sido gente tímida, como tú... Sólo es una hora al día. Ya veras como a ti también te viene bien; así dejas apartados por un momento esos aburridos apuntes y correcciones tuyas...

Los niños se acumulaban en fila en la puerta del teatro impacientes todos, unos sentados en sus sillas de ruedas, otros colgados del artilugio que transporta el suero, cogidos a la mano de sus padres unos y a la de las enfermeras otros. Pero todos sonrientes y deseosos de que se abrieran las puertas.

-¿Pero dónde te has metido?-preguntó Ramón.

-Atasco.

-¡Vamos corre! ¡Cámbiate que son más de las seis!-Le recriminó Ramón mientras le alargaba el disfraz de Sancho Panza.-Espera, el

almohadón de la tripa... Vamos dile al celador que deje entrar ya a los niños.

David Vicente